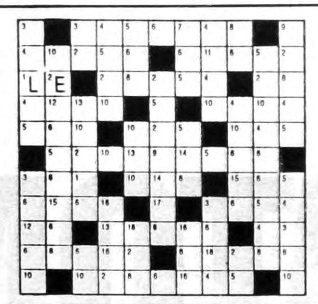
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.





LATON Y WHISKY

Página/2/3

Verano/12

EL ESCARABAJO

(*Por Miguel Gaya*) El hombre aquél extendido en la loneta está fuera de lugar. El siente que está fuera de lugar. Por eso es posible darse cuenta que está tenso. Si está cara al sol, trata de respirar con decoro, para que su estómago no resulte demasiado prominente. Si está de espaldas, siente sus posaderas desguarnecidas. Si entra al mar, tropezará en una piedra artera; la sal se le secará tirante en la piel. Si usa bronceador, la arena se le pegará a cada movimiento que haga, cauteloso, fuera de la lona; si no se pone, sufrirá las quemaduras de un sol furioso. Si abre los ojos, siente que su mirada se va tras los cuerpos de las mujeres semidesnudas, que todos en la playa perciben el deseo obsceno de sus ojos. Si los cierra, siente que sus párpados pugnan por abrirse, que sus ojos giran en blanco buscando las redondeces bronceadas.

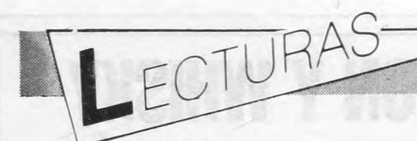
La mujer está de acuerdo con el mar. Le gusta sentir la ingravidez de las piernas cuando el mar la levanta. Le gusta sentir la frescura del agua cuando le cubre los hombros ardientes, la nuca de pelo recogido. Cuando salga del agua, sus pezones estarán erectos bajo el diminuto corpiño, y habrá gotas de agua que se irán secando en su cuerpo. Y ella siente que está bien que eso ocurra. Cuando salga del agua, buscará caracoles en la orilla. Siempre habrá alguno bonito para llevarse, como señal de la complacencia del mundo porque ella está en él. Pequeños regalos del mundo para su felicidad. Hojas secas, boletos capicúa, piedritas, como memoria de la fiesta del mundo.

Ahora el hombre se levanta y se encamina al mar. Habrá de entrar dando saltitos en el agua rabiosamente fría. Tal vez desista. Tanto frío en los pies, tanto calor en los hombros. Pero antes de llegar a la arena húmeda, sorprende la laboriosa marcha de un escarabajo. Pesado, obstinado, trepa por el borde de una pisada en un silencioso desparramo de arena. El hombre lo va mirando, mientras se acerca. Siente como el aleteo de un júbilo negro en la base de la mente.

Con un movimiento preciso, como al descuido, clava el pie en la base de arena, y el escarabajo resbala de costado, queda panza arriba agitando los grotescos bracitos, vencido.

La mujer se encamina hacia su sombrilla. Lleva, por supuesto, dos nuevos caracoles en la mano, y su cuerpo canturrea. Siente con anticipación la crema que morosamente extenderá en su piel, la amigable calidez del sol. Y ella también tropieza con el escarabajo en desgracia. Se pone en cuclillas y se diría que le habla, que lo amonesta suavemente. Luego, con delicadeza, le da vuelta con un caracol como cuchara. Se levanta, y mira la esforzada marcha con un cierto aire de deber cumplido. Luego se va.

Es difícil sacar una conclusión de esto. Sobre todo si tenemos en cuenta que el disputado escarabajo subió hasta la punta de una elevación de arena y de ahí, luego de un precario y pataleado equilibrio, rodó pesadamente hasta la base donde quedó exhausto, aturdido y con la panza al aire. Después vino un perro que ladró a las olas. Y una gaviota que levantó vuelo. Y otra serie de cosas que caben en la memoria de una tarde de sol, indiferente.



Julio Llamazares (León, España, 1955), autor de las novelas "Luna de lobos" y "La lluvia amarilla", vive en el centro de Madrid, en un barrio en el que coincide con vagabundos y seres extraordinarios. Esta es una de sus visitas al mundo de los que son sus vecinos.

LATON Y WHISKY

Por Julio Llamazares

Latón y Whisky eran dos perros vagabundos que consumieron el ciclo de sus perras existencias por las callejas y portales del turbulento barrio de Chueca, en el centro de Madrid. Al parecer, Latón y Whisky habían trabajado años atrás como guardas de un garaje de la calle de Augusto Figueroa, pero su falta de ambición y profesionalidad —unida a sus continuas e injustificadas escapadas tras las perras en celo y los repartidores a domicilio de las carnicerías del barrio— determinaron al dueño del garaje a ponerlos de patitas en la calle, sin indemnización por despido y sin paro.

Desde entonces, Latón y Whisky —pajizo y pinto, respectivamente, y llenos de mataduras ambos— se dedicaron a vagar por las calles del barrio hasta acabar formando parte inseparable de su paisaje urbano cotidiano. En la calle vivían y en la calle dormían, lo mismo en los rigores del invierno que en las plácidas noches madrileñas del verano, entre los corrillos de camellos de la plaza, los improvisados desfiles de modelos de los gays y los travestidos de la calle de Pelayo, los cubos de basura, el brillo de las navajas y las redadas policiales. Pero con Latón y con Whisky nunca se metió nadie. Serviciales y cautos, amigos de sus amigos y discretos como pocos cuando la ocasión así lo demandaba, los dos ex guardas de garaje habían sabido granjearse la amistad y el cariño de la gente del barrio, y todos, vecinos y foráneos, honorables ciudadanos con horario de oficina y matrimonio honrado y traficantes de heroína con varios crímenes de sangre a sus espaldas, contribuían a su supervivencia comprándoles comida y realizando incluso colectas solidarias para pagar la fianza del rescate en las dos o tres ocasiones en que a Latón y a Whisky se los llevaron detenidos los laceros municipales.

Las pasadas Navidades, sin embargo, Latón y Whisky fueron nuevamente detenidos sin que sus valedores en el barrio, de vacaciones fuera de Madrid o demasiado atareados con las celebraciones familiares de esas fechas, se enteraran. Cuando quisieron darse cuenta, para Latón y Whisky era ya tarde. En alguna anónima perrera, los dos ex guardas de garaje habían sido ejecutados sin que ninguno de sus amigos hubiese podido acompañarlos en sus últimos instantes y sin haber visto quizá jamás el campo, y ahora ladraban y corrían por las praderas infinitas del cielo de los perros, lejos de la ciudad en la que habían pasado sus mejores y también sus peores años.

El perro invisible

En las praderas infinitas del cielo de los perros, Latón y Whisky seguramente habrán ya conocido a otro gran personaje del barrio: el perro invisible de la plaza de la Villa de París.

Al perro invisible, como su propio nombre indica, nunca lo ha visto nadie. Su dueño, un hombre ya mayor, con abrigo impecable y larga correa de cuero siempre pendiente de la mano, lo saca a pasear todas las tardes junto con los restantes perros que retozan por los setos de la plaza de la Villa de París, hasta la que Latón y Whisky se acercan a veces tras el rastro de alguna perra en celo cuyos aromas amorosos hubieran detectado desde el portal en que, por turnos, estuvieran durmiendo y montando vigilancia.

El dueño del perro invisible es particularmente temido por todos los asiduos y habitantes de la plaza. Yo lo conocí cuando llegué a Madrid, hace ya varios años, y durante dos o tres aguanté estoicamente sus continuos monólogos sobre las habilidades, hazañas y gracias de su perro. Tardes enteras he pasado conociendo al detalle su horario de comidas, su régimen dietético, su estado de salud y hasta sus cambios de carácter, sin haber tenido nunca la precaución ni la curiosidad de preguntar cuál era, de entre todos los perros que corrían y jugaban por la plaza, tan ilustre y mimado personaje.

Un día, al cabo de dos o tres años, otro dueño de perro se encargó de aclarármelo. El perro no existía. El tan mentado chucho, cuyo horario de comidas y hazañas más notables conocía de memoria como si fuera ya uno más de mi familia o de mis compañeros de trabajo, nunca lo había visto nadie, pese a que su dueño lo sacase a pasear todas las tardes. Reconozco que ante tal revelación me quedé desconcertado. Por un instante, a mi memoria acudieron historias truculentas y episodios románticos de palabras que llegan de ultratumba y de madres que acunan a sus hijos después de varios años muertos y enterrados. Pero en seguida mi acompañante se encargó de rescatarme de la literatura y de devolverme a la realidad: "No, hombre, no. Este no es ningún romántico. Este lo que es es el más listo de la plaza. Mira: tiene todas las satisfacciones que a nosotros nos dan los perros (la lealtad, la protección, la compañía) y en cambio no tiene que vacunarlo ni que darle de comer, ni que procuparse siquiera de ver a quién lo deja cuando se va de vacaciones o de viaje".

Pero el perro invisible no es, pese a su particular e inaprehensible identidad, el verdadero personaje de la plaza. El verdadero personaje de la plaza de la Villa de París —y por extensión de todo el barrio—, el auténtico jefe, el decano, es Bernardo.

Bernardo nació en Arenas de Cabrales, en la patria del queso picón, hace 48 años, y estudió —dice él— en la Universidad Laboral de Gijón hasta los 18. Cierto o no, el caso es que Bernardo lleva varios ya en la plaza de la Villa de París sentado en un banco, con la botella al lado, viendo pasar la vida y a los procuradores y magistrados del Tribunal Supremo por delante.

Por culpa de las mujeres

Bernardo es un vagabundo vocacional. Y constante. Se define como un hombre que se siente "conforme con su conformidad", y en todo caso, si alguna vez culpabiliza a alguien de su situación económica y social, es a las mujeres: "Mira, Julio, yo tengo un defecto, y es que a mí gústanme mucho las muyeres. Y evidentemente, un hombre como yo, que le gustan tanto las muyeres, como comprenderás no puede tener un horario".

Uno podrá estar de acuerdo o no con él, uno podrá compartir o no la intensidad en la afición y en el desvelo, pero lo que nadie podrá negar nunca a Bernardo es la incontestabilidad de su argumento y su constancia indesmayable a la hora de ponerlo en práctica. Y ello pese a que en realidad a Bernardo, aun con dedicación exclusiva y sin horario, apenas le queda tiempo para dedicárselo a las mujeres.

Bernardo, aunque vagabundo, no pide nunca nada a nadie (salvo en las bodas de la iglesia de las Salesas, cuya productividad calcula antes a tenor de los trajes de los invitados), ni falta que le hace. Bernardo es amigo de todo el mundo —sobre todo de los perros—, y como por otra parte conoce como nadie el nutrido rosario de conventos, casas de caridad, comedores benéficos y asilos municipales que jalonan la ciudad para alivio y socorro de los desheredados, se pasa el día en su banco, contemplando el paisaje y tocando la armónica, cuya música alterna cada dos o tres minutos con un solo de trompeta, que es como él mismo le llama al gesto de empinar y sujetar con tino la botella cara al cielo para beber más y más rápido. Mientras tanto, cada poco, una mujer se acerca para traerle un bocadillo o una fiambrera con comida, otro le da 10 duros, otro, tabaco, y otro, en fin, una chaqueta vieja o una revista de automóviles —Bernardo, al parecer, como Latón y Whisky, trabajó años atrás en un garaje y conserva de ese tiempo la afición a la mecánica—, que él agradece siempre con grandes reverencias pero sin rebajarse. Bernardo es un vagabundo pero no pide a nadie.

Sociable

Por lo demás, Bernardo es un vagabundo muy sociable. Sin apenas moverse de su banco salvo para reponer combustible o hacer algún recado, recibe continuas visitas de personas muy distintas y dispares. Vagabundos, barrenderos, dueños de perros, policías, drogadictos, magistrados, todos en la plaza son amigos de Bernardo. Bernardo es tan conocido —y tan querido— que incluso recibe cartas en su banco. No hace mucho yo mismo le envié una postal desde Galicia a la siguiente dirección: "Bernardo. Plaza de la Villa de París, s/n (en cualquier banco). Madrid". Y le llegó. Un conserje del Palacio de Justicia, de uniforme, se la fue a entregar en mano.

Pese a todo, Bernardo, como todos los vagabundos, es un gran solitario. Desde que La Canaria, su última novia, lo dejó —a él no le gusta hablar de ella, pero todavía se le humedece la voz cuando lo hace—, Bernardo arrastra su soledad por los bancos de la plaza. Todo el mundo le quiere, todo el mundo le invita, todo el mundo le habla. Pero cuando cae la noche, en la plaza de la Villa de París Bernardo se queda solo, con su botella de vino y su armónica, sentado en su banco. En cierta ocasión sufrió una crisis epiléptica, y al volver en sí después de un rato y ver cómo tres o cuatro perros, sus verdaderos amigos, lo miraban preocupados alineados en corrillo en torno suyo, comentó sin dirigirse a la historia de la literatura y sin saber siquiera que nadie le escuchaba: "¿Qué tendré yo, que me quieren más los perros que las personas?".

Pasados turbulentos

Bernardo es el decano, pero no el único vagabundo de la plaza. Por la plaza de la Villa de París, y por las plazas y calles aledañas, deambula, vive, duerme y sueña un rosario interminable de personas cuya conformidad es sólo comparable a su pasividad, y su pasión por la ciudad y por la vida al desapego que demuestran por cuanto éstas les puede ofrecer. Locos, heterodoxos, vagabundos, mártires, todos tienen en común la misma falta de ambición, el mismo individualismo visceral y exacerbado y la misma marginalidad existencial, muchas veces elegida de manera voluntaria. Ellos no se consideran economía sumergida ni parásitos sociales. No piden cuentas a la sociedad, pero tampoco admiten que ésta se las pida a ellos. Viven en los márgenes de la ciudad y de la vida, arrastran tras de sí pasados turbulentos y a veces puramente novelescos, y como tampoco esperan nada del futuro, se sientan en un banco a ver pasar el tiempo, su único enemigo. Son, como diría Bernardo, gentes conformes con su conformidad, gentes conformes con sus vidas, o al menos no enojadas.

Germán, por ejemplo, era un claro exponente de cuanto queda dicho. De pasado brumoso —sólo se sabía de él que había sido legionario, y eso por los tatuajes—, se pasó los dos o tres últimos años de su vida en los bancos de la plaza, permanente y brutalmente borracho. Cuando le preguntaban por qué estaba en la plaza, Germán decía que para controlar los movimientos que hacía por el Palacio de Justicia el abogado encargado de la tramitación de una pensión que había solicitado hacía ya 10 años. Germán murió una noche de un infarto sin ver su pretensión cumplida, y me temo que también sin llegar a conocer nunca a su abogado.

Manolo el sparring vive todavía y comparte muchas veces su banco con Bernardo. Manolo fue sparring de Folledo y de Durán, y ahora, con el boxeo en horas bajas y sin que nadie le agradezca los golpes recibidos, duerme en una caja de cartón, envuelto en varias mantas, en una esquina de la plaza, recordando sus momentos estelares y soñando sin duda muchas noches con el combate por el título del mundo que nunca pudo realizar.

Carlitos vive en una casa de la calle de San Gregorio, pero se pasa el día en el portal contemplando el paisaje y saludando uno por uno a todos los viandantes. Carlitos, cabeza al cero y afeitada y luengas barbas venerables, tiene dos tocados peculiares para cubrir su calva, según la temporada. El del otoño-invierno es el de caza: un sombrero

Julio Llamazares (León, España, 1955), autor de las novelas "Luna de lobos" y "La lluvia amarilla", vive en el centro de Madrid, en un barrio en el que coincide con vagabundos y seres extraordinarios. Esta es una de sus visitas al mundo de los que son sus vecinos.

LATON Y WHISKY

Por Julio Llamazares

Latón y Whisky eran dos perros vagabundos que consumieron el ciclo de sus perras existencias por las callejas y portales del turbulento barrio de Chueca, en el centro de Madrid. Al parecer, Latón y Whisky habían trabajado años atrás como guardas de un garaje de la calle de Augusto Figueroa, pero su falta de ambición y profesionalidad —unida a sus continuas e injustificadas escapadas tras las perras en celo y los repartidores a domicilio de las carnicerías del barrio— determinaron al dueño del garaje a ponerlos de patitas en la calle, sin indemnización por despido y sin paro.

Desde entonces, Latón y Whisky —pajizo y pinto, respectivamente, y llenos de mataduras ambos— se dedicaron a vagar por las calles del barrio hasta acabar formando parte inseparable de su paisaje urbano cotidiano. En la calle vivían y en la calle dormían, lo mismo en los rigores del invierno que en las plácidas noches madrileñas del verano, entre los corrillos de camellos de la plaza, los improvisados desfiles de modelos de los gays y los travestidos de la calle de Pelayo, los cubos de basura, el brillo de las navajas y las redadas policiales. Pero con Latón y con Whisky nunca se metió nadie. Serviciales y cautos, amigos de sus amigos y discretos como pocos cuando la ocasión así lo demandaba, los dos ex guardas de garaje habían sabido granjearse la amistad y el cariño de la gente del barrio, y todos, vecinos y foráneos, honorables ciudadanos con horario de oficina y matrimonio honrado y traficantes de heroína con varios crímenes de sangre a sus espaldas, contribuían a su supervivencia comprándoles comida y realizando incluso colectas solidarias para pagar la fianza del rescate en las dos o tres ocasiones en que a Latón y a Whisky se los llevaron detenidos los laceros municipales.

Las pasadas Navidades, sin embargo, Latón y Whisky fueron nuevamente detenidos sin que sus valedores en el barrio, de vacaciones fuera de Madrid o demasiado atareados con las celebraciones familiares de esas fechas, se enteraran. Cuando quisieron darse cuenta, para Latón y Whisky era ya tarde. En alguna anónima perrera, los dos ex guardas de garaje habían sido ejecutados sin que ninguno de sus amigos hubiese podido acompañarlos en sus últimos instantes y sin haber visto quizá jamás el campo, y ahora ladraban y corrían por las praderas infinitas del cielo de los perros, lejos de la ciudad en la que habían pasado sus mejores y también sus peores años.

El perro invisible

En las praderas infinitas del cielo de los perros, Latón y Whisky seguramente habrán ya conocido a otro gran personaje del barrio: el perro invisible de la plaza de la Villa de París.

Al perro invisible, como su propio nombre indica, nunca lo ha visto nadie. Su dueño, un hombre ya mayor, con abrigo impecable y larga correa de cuero siempre pendiente de la mano, lo saca a pasear todas las tardes junto con los restantes perros que retozan por los setos de la plaza de la Villa de París, hasta la que Latón y Whisky se acercan a veces tras el rastro de alguna perra en celo cuyos aromas amorosos hubieran detectado desde el portal en que, por turnos, estuvieran durmiendo y montando vigilancia.

El dueño del perro invisible es particularmente temido por todos los asiduos y habitantes de la plaza. Yo lo conocí cuando llegué a Madrid, hace ya varios años, y durante dos o tres aguanté estoicamente sus continuos monólogos sobre las habilidades, hazañas y gracias de su perro. Tardes enteras he pasado conociendo al detalle su horario de comidas, su régimen dietético, su estado de salud y hasta sus cambios de carácter, sin haber tenido nunca la precaución ni la curiosidad de preguntar cuál era, de entre todos los perros que corrían y jugaban por la plaza, tan ilustre y mimado personaje.

Un día, al cabo de dos o tres años, otro dueño de perro se encargó de aclarármelo. El perro no existía. El tan mentado chucho, cuyo horario de comidas y hazañas más notables conocía de memoria como si fuera ya uno más de mi familia o de mis compañeros de trabajo, nunca lo había visto nadie, pese a que su dueño lo sacase a pasear todas las tardes. Reconozco que ante tal revelación me quedé desconcertado. Por un instante, a mi memoria acudieron historias truculentas y episodios románticos de palabras que llegan de ultratumba y de madres que acunan a sus hijos después de varios años muertos y enterrados. Pero en seguida mi acompañante se encargó de rescatarme de la literatura y de devolverme a la realidad: "No, hombre, no. Este no es ningún romántico. Este lo que es es el más listo de la plaza. Mira: tiene todas las satisfacciones que a nosotros nos dan los perros (la lealtad, la protección, la compañía) y en cambio no tiene que vacunarlo ni que darle de comer, ni que procuparse siquiera de ver a quién lo deja cuando se va de vacaciones o de viaje".

Pero el perro invisible no es, pese a su particular e inaprehensible identidad, el verdadero personaje de la plaza. El verdadero personaje de la plaza de la Villa de París —y por extensión de todo el barrio—, el auténtico jefe, el decano, es Bernardo.

Bernardo nació en Arenas de Cabrales, en la patria del queso picón, hace 48 años, y estudió —dice él— en la Universidad Laboral de Gijón hasta los 18. Cierto o no, el caso es que Bernardo lleva varios ya en la plaza de la Villa de París sentado en un banco, con la botella al lado, viendo pasar la vida y a los procuradores y magistrados del Tribunal Supremo por delante.

Por culpa de las mujeres

Bernardo es un vagabundo vocacional. Y constante. Se define como un hombre que se siente "conforme con su conformidad", y en todo caso, si alguna vez culpabiliza a alguien de su situación económica y social, es a las mujeres: "Mira, Julio, yo tengo un defecto, y es que a mí gústanme mucho las muyeres. Y evidentemente, un hombre como yo, que le gustan tanto las muyeres, como comprenderás no puede tener un horario".

Uno podrá estar de acuerdo o no con él, uno podrá compartir o no la intensidad en la afición y en el desvelo, pero lo que nadie podrá negar nunca a Bernardo es la incontestabilidad de su argumento y su constancia indesmayable a la hora de ponerlo en práctica. Y ello pese a que en realidad a Bernardo, aun con dedicación exclusiva y sin horario, apenas le queda tiempo para dedicárselo a las mujeres.

Bernardo, aunque vagabundo, no pide nunca nada a nadie (salvo en las bodas de la iglesia de las Salesas, cuya productividad calcula antes a tenor de los trajes de los invitados), ni falta que le hace. Bernardo es amigo de todo el mundo —sobre todo de los perros—, y como por otra parte conoce como nadie el nutrido rosario de conventos, casas de caridad, comedores benéficos y asilos municipales que jalonan la ciudad para alivio y socorro de los desheredados, se pasa el día en su banco, contemplando el paisaje y tocando la armónica, cuya música alterna cada dos o tres minutos con un solo de trompeta, que es como él mismo le llama al gesto de empinar y sujetar con tino la botella cara al cielo para beber más y más rápido. Mientras tanto, cada poco, una mujer se acerca para traerle un bocadillo o una fiambrera con comida, otro le da 10 duros, otro, tabaco, y otro, en fin, una chaqueta vieja o una revista de automóviles —Bernardo, al parecer, como Latón y Whisky, trabajó años atrás en un garaje y conserva de ese tiempo la afición a la mecánica—, que él agradece siempre con grandes reverencias pero sin rebajarse. Bernardo es un vagabundo pero no pide a nadie.

Sociable

Por lo demás, Bernardo es un vagabundo muy sociable. Sin apenas moverse de su banco salvo para reponer combustible o hacer algún recado, recibe continuas visitas de personas muy distintas y dispares. Vagabundos, barrenderos, dueños de perros, policías, drogadictos, magistrados, todos en la plaza son amigos de Bernardo. Bernardo es tan conocido —y tan querido— que incluso recibe cartas en su banco. No hace mucho yo mismo le envié una postal desde Galicia a la siguiente dirección: "Bernardo. Plaza de la Villa de París, s/n (en cualquier banco). Madrid". Y le llegó. Un conserje del Palacio de Justicia, de uniforme, se la fue a entregar en mano.

Pese a todo, Bernardo, como todos los vagabundos, es un gran solitario. Desde que La Canaria, su última novia, lo dejó —a él no le gusta hablar de ella, pero todavía se le humedece la voz cuando lo hace—, Bernardo arrastra su soledad por los bancos de la plaza. Todo el mundo le quiere, todo el mundo le invita, todo el mundo le habla. Pero cuando cae la noche, en la plaza de la Villa de París Bernardo se queda solo, con su botella de vino y su armónica, sentado en su banco. En cierta ocasión sufrió una crisis epiléptica, y al volver en sí después de un rato y ver cómo tres o cuatro perros, sus verdaderos amigos, lo miraban preocupados alineados en corrillo en torno suyo, comentó sin dirigirse a la historia de la literatura y sin saber siquiera que nadie le escuchaba: "¿Qué tendré yo, que me quieren más los perros que las personas?".

Pasados turbulentos

Bernardo es el decano, pero no el único vagabundo de la plaza. Por la plaza de la Villa de París, y por las plazas y calles aledañas, deambula, vive, duerme y sueña un rosario interminable de personas cuya conformidad es sólo comparable a su pasividad, y su pasión por la ciudad y por la vida al desapego que demuestran por cuanto éstas les puede ofrecer. Locos, heterodoxos, vagabundos, mártires, todos tienen en común la misma falta de ambición, el mismo individualismo visceral y exacerbado y la misma marginalidad existencial, muchas veces elegida de manera voluntaria. Ellos no se consideran economía sumergida ni parásitos sociales. No piden cuentas a la sociedad, pero tampoco admiten que ésta se las pida a ellos. Viven en los márgenes de la ciudad y de la vida, arrastran tras de sí pasados turbulentos y a veces puramente novelescos, y como tampoco esperan nada del futuro, se sientan en un banco a ver pasar el tiempo, su único enemigo. Son, como diría Bernardo, gentes conformes con su conformidad, gentes conformes con sus vidas, o al menos no enojadas.

Germán, por ejemplo, era un claro exponente de cuanto queda dicho. De pasado brumoso —sólo se sabía de él que había sido legionario, y eso por los tatuajes—, se pasó los dos o tres últimos años de su vida en los bancos de la plaza, permanente y brutalmente borracho. Cuando le preguntaban por qué estaba en la plaza, Germán decía que para controlar los movimientos que hacía por el Palacio de Justicia el abogado encargado de la tramitación de una pensión que había solicitado hacía ya 10 años. Germán murió una noche de un infarto sin ver su pretensión cumplida, y me temo que también sin llegar a conocer nunca a su abogado.

Manolo el sparring vive todavía y comparte muchas veces su banco con Bernardo. Manolo fue sparring de Folledo y de Durán, y ahora, con el boxeo en horas bajas y sin que nadie le agradezca los golpes recibidos, duerme en una caja de cartón, envuelto en varias mantas, en una esquina de la plaza, recordando sus momentos estelares y soñando sin duda muchas noches con el combate por el título del mundo que nunca pudo realizar.

Carlitos vive en una casa de la calle de San Gregorio, pero se pasa el día en el portal contemplando el paisaje y saludando uno por uno a todos los viandantes. Carlitos, cabeza al cero y afeitada y luengas barbas venerables, tiene dos tocados peculiares para cubrir su calva, según la temporada. El del otoño-invierno es el de caza: un sombrero hecho con el plumaje íntegro de un águila. El de primavera-verano es el de pesca: un cascarón de centollo del que penden largas ristras de conchas y calabazas y que le confiere el aspecto de un extraño peregrino que nunca se decidiera a ir a Santiago.

Hay más. Bastantes más. Está el ciclista que llega en bicicleta todos los días a la plaza, la desmonta pieza a pieza —la bicicleta está realmente preparada: tiene dos timbres, dos bocinas, una bomba, una caja de herramientas, un sinfín de reflectores y accesorios secundarios y dos banderines con el escudo de Castilla-La Mancha— para luego, en sentido inverso, volver a montarla y alejarse orgulloso pedaleando sobre su máquina. Y eso todos los días del año.

Está también el pintor portugués, un genio desconocido por galerías y marchantes al que Bernardo muchas noches tiene que dar parte de su cena y dejarle su colchón y sus mantas. Está el anarquista asturiano, un insigne jubilado sin cotización bastante para cobrar la pensión o el paro —por supuesto por culpa del Estado— que cada vez que ve pasar un cura por la plaza se pone malo. Y está, en fin, el barbero gallego que por la voluntad —que aunque sea mucha nunca puede ir muy bien acompañada— les corta el pelo a todos los demás.

Pero el oficio de vagabundo no es privativo de los hombres. Hay también, aunque menos, vagabundas, misteriosas mujeres que deambulan por las calles recogiendo cartones y hablando solas en voz alta. En territorio de Bernardo hay al menos cuatro o cinco reseñables. Una, anciana ya y alcoholizada, recorre las calles por las noches anunciando el fin del mundo con un grito apocalíptico y ciertamente espeluznante: "¡Follad, follad, hijos de puta, que el mundo pronto va a acabarse!". Otra canta villancicos y boleros y tiene como especialidad una versión apócrifa del "Cara al sol" para uso exclusivo de republicanos. Otra ríe día y noche sin descanso desde hace muchos años, y otra, mucho menos optimista y sin duda más violenta, insulta a todo el que se cruza en su camino y asegura que el gobierno tiene a todos su hijos metidos en barras de hielo, congelados.

Pero sin duda la que Bernardo más recuerda es Rosa, La Canaria, una mujer todavía joven —no pasará de los 35 años— que compartió con él la botella y el banco durante dos o tres años. Rosa, de quien Bernardo asegura que era licenciada en Filosofía y Letras, desapareció un buen día de la plaza sin dejar rastro, igual que había llegado. Bernardo la echa de menos, y en el fondo todavía mantiene la esperanza: el guisante, dice, siempre acaba viniendo al palo.

El camarada Arribas

El camarada Lorenzo Anguso Arribas no es propiamente un vagabundo. El camarada Lorenzo Anguso Arribas es todo un caballero, aunque su economía no sea muy boyante, y tiene a gala haber sido el único español que atentó contra Franco.

Por los años cincuenta, el camarada Arribas —entonces camarada del sector contestatario de Falange— preparó en la pensión de la calle del Pez en que vivía una bomba casera con pólvora prensada en un bote vacío de tomate. El artefacto hizo explosión en la explanada del Valle de los Caídos, un día de concentración plenaria, a casi dos kilómetros del palco presidencial y media hora después de que Franco se hubiera marchado. Pero a Lorenzo aquello le costó ser detenido —del consejo de guerra le salvó su condición de militante de Falange—, y desde entonces sostiene con orgullo la vitola de haber sido el único español que se atrevió a atentar contra Franco.

Con el camarada Lorenzo Anguso Arribas —ahora camarada del Partido Comunista de los Pueblos de España, sector crítico, claro— tomo café en un bar de la calle de Campoamor algunas tardes. Lorenzo, que une a su pasión por la política pasada y a su culto verbo arcaizante un singular parecido con Azaña —parecido que le sirvió para encarar físicamente el personaje en la aún inédita película *Casas viejas*, cuyo papel ensayaba en el bar, subido en una silla, y del que, en el rodaje, se comió un día las verrugas postizas al caérsele éstas en el plato—, tiene, al margen del atentado contra Franco, un turbulento y atrabiliario pasado a sus espaldas.

En los años cuarenta, por ejemplo, el camarada Arribas se vistió de obispo plenipotenciario y dio un sermón a las beatas que habían acudido a la misa de nueve a la catedral de Zamora, su ciudad natal, de donde, a raíz de ese suceso, fue extrañado, siendo acompañado por la Guardia Civil hasta la raya de Salamanca. Lorenzo jamás volvió a Zamora. Atrás dejaba, según propia confesión, una ciudad pacata y reaccionaria y una familia de latifundistas burgueses y provincianos que no sólo se contentó con desheredarlo sino que nunca más volvió ya a mirarle a la cara.

En Madrid el camarada Arribas se hizo falangista, luego espía nasserista —entre sus servicios cuenta su intervención en el fallido golpe de Muñoz Grandes y en el desmantelamiento de un atentado perpetrado para matar a Fidel Castro—, más tarde comunista, y finalmente miembro de la Asociación Ambrosio Morales, sector crítico (que quede esto bien claro), dedicada a la conservación del patrimonio artístico.

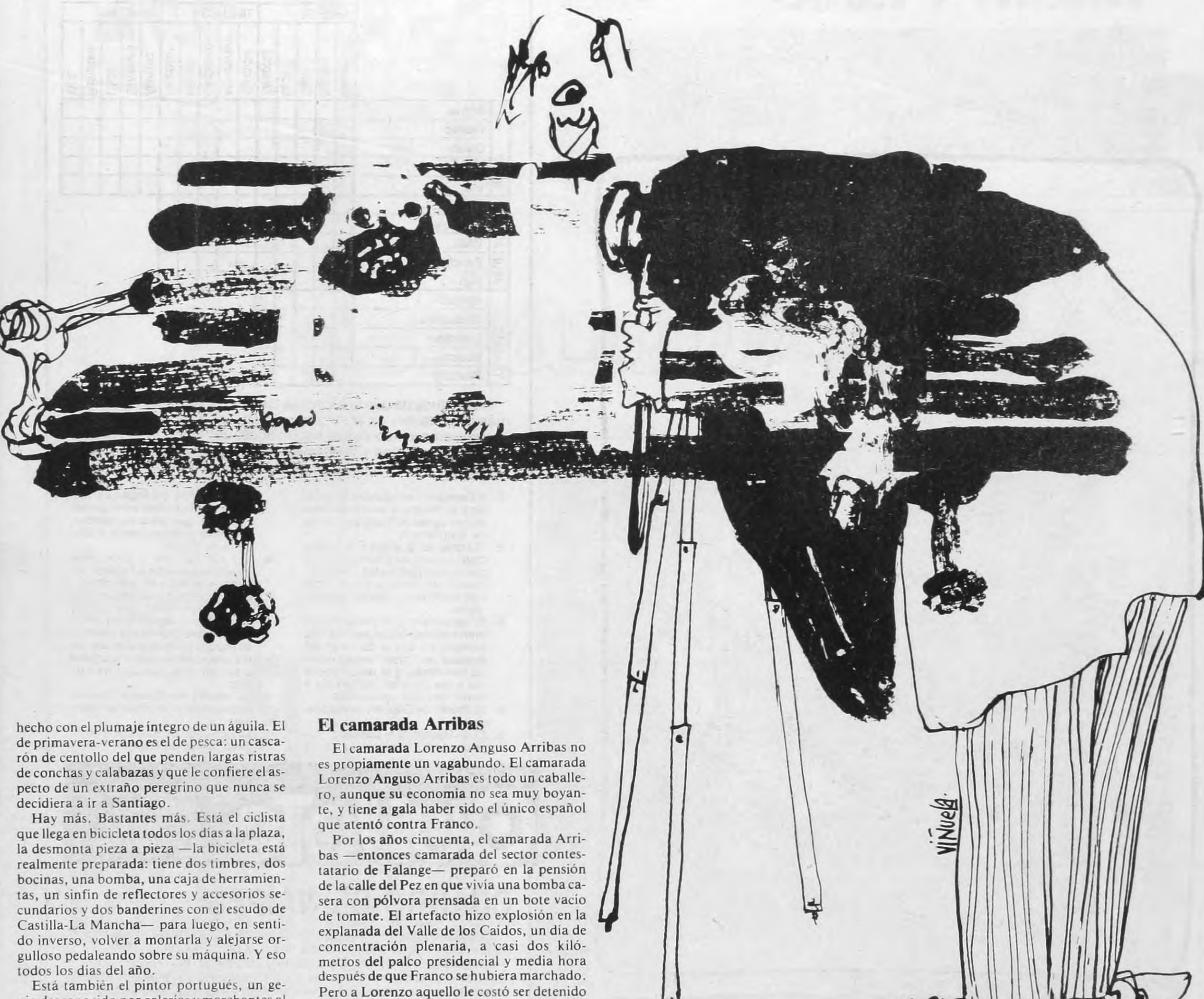
Entre la conservación del patrimonio y la política, el camarada Arribas —cuya vida privada ni siquiera conocemos los que con él tomamos café todas las tardes— pasa sus días feliz y ensimismado. Al mediodía, después de comer (o antes, que eso tampoco lo sabe nadie) recala por el bar para seguir, incansable, teorizando. En el bar, ante una taza de café que acostumbra a endulzar con dos y hasta tres sobres de azúcar y al que casi siempre está invitado, Lorenzo habla y habla, sin escuchar a nadie, siempre de política y siempre del pasado, interrumpiendo sólo su verbo torrencial para llamar de tarde en tarde por teléfono a la familia de algún viejo camarada fallecido o a la Embajada de la URSS o de Polonia con el fin, dice él, de advertir a sus agentes de que Solana —a quien finalmente acabará teniendo que pagar esa llamada— es un agente descarado del imperialismo norteamericano.

Esperma en el cerebro

Pero Lorenzo no está solo en su lucha contra el imperialismo contrarrevolucionario. A veces se hace acompañar hasta el café de un joven e hipotético ayudante que, más que secundarle, tiene la insólita virtud, bien que por exceso, de exasperarle. Aquilino, que ése es el nombre de tan curioso personaje, vuelca tanto sus fuerzas en la política y en el espionaje —para él todos somos espías mientras no se demuestre lo contrario—, que ha olvidado por completo sus deberes ciudadanos y sus siempre ominosas servidumbres materiales: a la fecha de hoy, Aquilino debe ya siete meses de pensión y algunas cuentas más por restaurantes y bares de toda la ciudad. Aquilino pretende que esas deudas las cancele la embajada libia (se supone que por los servicios prestados). Lorenzo dice que a Aquilino, como siempre está hablando de política y de espías y no tiene vida sentimental ninguna, el esperma se le acumula en el cerebro y se está volviendo loco.

Hacia las cuatro de la tarde el camarada Lorenzo Anguso Arribas, solo o en compañía de Aquilino, sale del bar y se pierde en la ciudad decidido a seguir alimentando en solitario las viejas llamas del patrimonio artístico y del espíritu revolucionario. En alguna ocasión, sin embargo, antes de perderse por la esquina de la calle, desde la cristalera del bar, lo he visto cruzarse con Bernardo. Cuando eso sucede, se miran un instante —yo mismo les he presentado—, se saludan ceremoniosamente y siguen caminando, cada uno por su lado. Pienso entonces qué pensarán uno de otro, qué camino los guía, adónde van cuando se separan. Y sobre todo, de dónde vienen, qué camino han recorrido hasta este punto, qué fuerza o qué recuerdos hasta aquí los ha arrastrado. O, por decirlo con palabras de Los Beatles, ¿de dónde viene toda esta gente solitaria?

Jueves 8 de febrero de 1990



hecho con el plumaje íntegro de un águila. El de primavera-verano es el de pesca: un cascarón de centollo del que penden largas ristras de conchas y calabazas y que le confiere el aspecto de un extraño peregrino que nunca se decidiera a ir a Santiago.

Hay más. Bastantes más. Está el ciclista que llega en bicicleta todos los días a la plaza, la desmonta pieza a pieza —la bicicleta está realmente preparada: tiene dos timbres, dos bocinas, una bomba, una caja de herramientas, un sinfín de reflectores y accesorios secundarios y dos banderines con el escudo de Castilla-La Mancha— para luego, en sentido inverso, volver a montarla y alejarse orgulloso pedaleando sobre su máquina. Y eso todos los días del año.

Está también el pintor portugués, un genio desconocido por galerías y marchantes al que Bernardo muchas noches tiene que dar parte de su cena y dejarle su colchón y sus mantas. Está el anarquista asturiano, un insigne jubilado sin cotización bastante para cobrar la pensión o el paro —por supuesto por culpa del Estado— que cada vez que ve pasar un cura por la plaza se pone malo. Y está, en fin, el barbero gallego que por la voluntad —que aunque sea mucha nunca puede ir muy bien acompañada— les corta el pelo a todos los demás.

Pero el oficio de vagabundo no es privativo de los hombres. Hay también, aunque menos, vagabundas, misteriosas mujeres que deambulan por las calles recogiendo cartones y hablando solas en voz alta. En territorio de Bernardo hay al menos cuatro o cinco reseñables. Una, anciana ya y alcoholizada, recorre las calles por las noches anunciando el fin del mundo con un grito apocalíptico y ciertamente espeluznante: "¡Follad, follad, hijos de puta, que el mundo pronto va a acabarse!". Otra canta villancicos y boleros y tiene como especialidad una versión apócrifa del "Cara al sol" para uso exclusivo de republicanos. Otra ríe día y noche sin descanso desde hace muchos años, y otra, mucho menos optimista y sin duda más violenta, insulta a todo el que se cruza en su camino y asegura que el gobierno tiene a todos su hijos metidos en barras de hielo, congelados.

Pero sin duda la que Bernardo más recuerda es Rosa. La Canaria, una mujer todavía joven —no pasará de los 35 años— que compartió con él la botella y el banco durante dos o tres años. Rosa, de quien Bernardo asegura que era licenciada en Filosofía y Letras, desapareció un buen día de la plaza sin dejar rastro, igual que había llegado. Bernardo la echa de menos, y en el fondo todavía mantiene la esperanza: el guisante, dice, siempre acaba viniendo al palo.

El camarada Arribas

El camarada Lorenzo Anguso Arribas no es propiamente un vagabundo. El camarada Lorenzo Anguso Arribas es todo un caballero, aunque su economía no sea muy boyante, y tiene a gala haber sido el único español que atentó contra Franco.

Por los años cincuenta, el camarada Arribas —entonces camarada del sector contestatario de Falange— preparó en la pensión de la calle del Pez en que vivía una bomba casera con pólvora prensada en un bote vacío de tomate. El artefacto hizo explosión en la explanada del Valle de los Caídos, un día de concentración plenaria, a casi dos kilómetros del palco presidencial y media hora después de que Franco se hubiera marchado. Pero a Lorenzo aquello le costó ser detenido —del consejo de guerra le salvó su condición de militante de Falange—, y desde entonces sostiene con orgullo la vitola de haber sido el único español que se atrevió a atentar contra Franco.

Con el camarada Lorenzo Anguso Arribas —ahora camarada del Partido Comunista de los Pueblos de España, sector crítico, claro— tomo café en un bar de la calle de Campoamor algunas tardes. Lorenzo, que une a su pasión por la política pasada y a su culto verbo arcaizante un singular parecido con Azaña —parecido que le sirvió para encarar físicamente el personaje en la aún inédita película *Casas viejas*, cuyo papel ensayaba en el bar, subido en una silla, y del que, en el rodaje, se comió un día las verrugas postizas al caérsele éstas en el plato—, tiene, al margen del atentado contra Franco, un turbulento y atrabiliario pasado a sus espaldas.

En los años cuarenta, por ejemplo, el camarada Arribas se vistió de obispo plenipotenciario y dio un sermón a las beatas que habían acudido a la misa de nueve a la catedral de Zamora, su ciudad natal, de donde, a raíz de ese suceso, fue extrañado, siendo acompañado por la Guardia Civil hasta la raya de Salamanca. Lorenzo jamás volvió a Zamora. Atrás dejaba, según propia confesión, una ciudad pacata y reaccionaria y una familia de latifundistas burgueses y provincianos que no sólo se contentó con desheredarlo sino que nunca más volvió ya a mirarle a la cara.

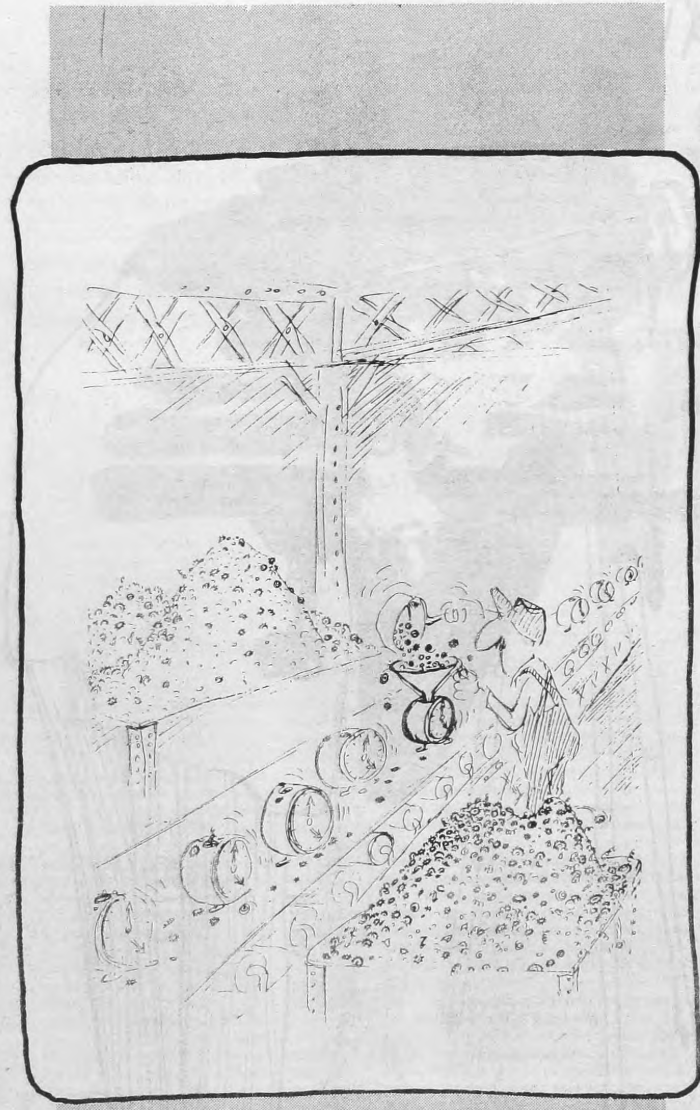
En Madrid el camarada Arribas se hizo falangista, luego espía nasserista —entre sus servicios cuenta su intervención en el fallido golpe de Muñoz Grandes y en el desmantelamiento de un atentado perpetrado para matar a Fidel Castro—, más tarde comunista, y finalmente miembro de la Asociación Ambrosio Morales, sector crítico (que quede esto bien claro), dedicada a la conservación del patrimonio artístico.

Entre la conservación del patrimonio y la política, el camarada Arribas —cuya vida privada ni siquiera conocemos los que con él tomamos café todas las tardes— pasa sus días feliz y ensimismado. Al mediodía, después de comer (o antes, que eso tampoco lo sabe nadie) recala por el bar para seguir, incansable, teorizando. En el bar, ante una taza de café que acostumbra a endulzar con dos y hasta tres sobres de azúcar y al que casi siempre está invitado, Lorenzo habla y habla, sin escuchar a nadie, siempre de política y siempre del pasado, interrumpiendo sólo su verbo torrencial para llamar de tarde en tarde por teléfono a la familia de algún viejo camarada fallecido o a la Embajada de la URSS o de Polonia con el fin, dice él, de advertir a sus agentes de que Solana —a quien finalmente acabará teniendo que pagar esa llamada— es un agente descarado del imperialismo norteamericano.

Esperma en el cerebro

Pero Lorenzo no está solo en su lucha contra el imperialismo contrarrevolucionario. A veces se hace acompañar hasta el café de un joven e hipotético ayudante que, más que secundarle, tiene la insólita virtud, bien que por exceso, de exasperarle. Aquilino, que ése es el nombre de tan curioso personaje, vuelca tanto sus fuerzas en la política y en el espionaje —para él todos somos espías mientras no se demuestre lo contrario—, que ha olvidado por completo sus deberes ciudadanos y sus siempre ominosas servidumbres materiales: a la fecha de hoy, Aquilino debe ya siete meses de pensión y algunas cuentas más por restaurantes y bares de toda la ciudad. Aquilino pretende que esas deudas las cancele la embajada libia (se supone que por los servicios prestados). Lorenzo dice que a Aquilino, como siempre está hablando de política y de espías y no tiene vida sentimental ninguna, el esperma se le acumula en el cerebro y se está volviendo loco.

Hacia las cuatro de la tarde el camarada Lorenzo Anguso Arribas, solo o en compañía de Aquilino, sale del bar y se pierde en la ciudad decidido a seguir alimentando en solitario las viejas llamas del patrimonio artístico y del espíritu revolucionario. En alguna ocasión, sin embargo, antes de perderse por la esquina de la calle, desde la cristalera del bar, lo he visto cruzarse con Bernardo. Cuando eso sucede, se miran un instante —yo mismo les he presentado—, se saludan ceremoniosamente y siguen caminando, cada uno por su lado. Pienso entonces qué pensarán uno de otro, qué camino los guía, adónde van cuando se separan. Y sobre todo, de dónde vienen, qué camino han recorrido hasta este punto, qué fuerza o qué recuerdos hasta aquí los ha arrastrado. O, por decirlo con palabras de Los Beatles, ¿de dónde viene toda esta gente solitaria?





EL ENIGMA INMIGRANTE

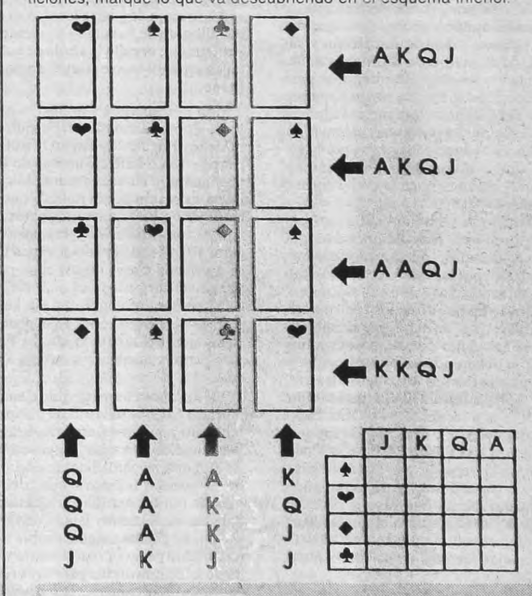
		ABUELO					TRABAJO					ABUELA				
		Alicante	Badajoz	Gijón	León	Zaragoza	Agricultor	Almacenero	Carpintero	Mesero	Pescador	Aranjuez	Barcelona	Cádiz	Pamplona	Vigo
NIETO	Andrés															
	Claudio															
	Damián															
	Esteban															
	Luis															
ABUELA	Aranjuez															
	Barcelona															
	Cádiz															
	Pamplona															
	Vigo															
TRABAJO	Agricultor															
	Almacenero															
	Carpintero															
	Mesero															
	Pescador															

Nadie duda de que la española fue una de las inmigraciones más importantes en la Argentina. Aquí le proponemos interiorizarse en cinco casos específicos, deduciendo el nombre de los abuelos y la ocupación de cada antepasado de los cinco jóvenes protagonistas de esta historia.

1. A Damián le encantaba oír relatar a su abuela la suelta de toros por las calles de Pamplona el día de San Fermín.
2. El agricultor gustaba narrar a su nieto cuando de joven se reunía con sus amigos en los "chigres" (bares) de Gijón a tomar sidra con mejillones y cantar asturianadas.
3. El carpintero y el mesero, que eran vecinos, solían recordar los tiempos en que el de León degustaba un "chato" (vaso) de vino con rabas, y el de Zaragoza iba a las "tascas" (tabernas) a beber con sus camaradas.
4. El abuelo de Esteban no era pescador.
5. El de Badajoz y el pescador viajaron como inmigrantes en el mismo barco, sin llegar a conocerse. Uno de ellos se enamoró allí de la que sería su esposa, que venía de Pamplona, y el otro, de la de Cádiz.
6. Los de Alicante y León eran abuelos de Andrés y Esteban, no necesariamente en ese orden.
7. El carpintero le prometió a Luis, amigo de su nieto, que cuando se casara le regalaría un juego de muebles fabricados por él, y su esposa le obsequiaría a la novia una mantilla que encargaría a su hermana, que aún vivía en Vigo.
8. La abuela de Claudio siempre hablaba de su infancia en Aranjuez.
9. La que llegó de Barcelona no se casó con el de Gijón.

CUADRO DE NAIPES

El cuadro está formado por los naipes J, K, Q y As de los cuatro palos. Deduzca el valor de cada naipe, a partir de los valores, desordenados, que se dan por hileras y columnas. No pueden quedar dos cartas de un mismo valor con igual palo. Para evitar repeticiones, marque lo que va descubriendo en el esquema inferior.



	J	K	Q	A
♠				
♥				
♦				
♣				

SOLUCION

Q A K J / J A K Q / Q A A J / Q K J K.

Andrés, Alicante, pescador, Cádiz.
Claudio, Gijón, agricultor, Aranjuez.
Damián, Badajoz, almacenero, Pamplona.
Esteban, León, carpintero, Vigo.
Luis, Zaragoza, mesero, Barcelona.